

rey de Arima y su tío el príncipe de Oruma, tenían casi las mismas disposiciones que el rey de Bongo.

Fueron elegidos por embajadores un sobrino del rey de Bongo, un primo hermano del rey de Arima, y dos grandes emparentados con este último monarca, todos cuatro tan á propósito por su mérito como por su nacimiento para sostener en Europa la gloria del Japon y jóvenes dotados de un valor capaz de arrostrar todos los trabajos y peligros de un viaje tan temible. Se les nombraron por guías é intérpretes algunos misioneros, que los condujeron desde luego á Macao, ciudad china la mas inmediata á las colonias portuguesas, pasando por mil tempestades y peligros, á que solo pudieron esponderse en fuerza de la fé viva de que estaban animados. No les fueron mas favorables el mar y los vientos hasta que llegaron á Goa, y mientras estuvieron en las playas frecuentadas por sus compatriotas; pero despues navegaron felizmente, y no tardaron mucho tiempo en llegar á Lisboa. En esta ciudad que, como todo Portugal, estaba sujeta al rey de España, en todas las plazas de los dominios de aquel príncipe por donde pasaron, y especialmente en la corte de Madrid, los honraron y obsequiaron á porfia los mas principales caballeros. El rey Felipe los recibió en pie, los abrazó, les manifestó el mayor aprecio, así con respecto á sus personas como á las de los soberanos á quienes representaban, les hizo una visita, y cuando marcharon á Italia dió orden para que en todas las ciudades de sus dominios, por donde pasasen, se les hiciesen los mismos honores que á su propia persona.

Llegaron á Roma el día 20 de marzo de 1585, y Gregorio XIII, tan lleno de gozo como de celo (1), no conoció otros límites en la acogida que les hizo que la imposibilidad de ejecutar mas. La audiencia que se les dió

(1) *Cont. de Ciac. t. 4, p. 11; Mocant. t. 11 Viator.*

en consistorio pleno, y en la sala que llaman la Real; su marcha en medio de la caballería ligera del Pontífice y de los suizos de su guardia; las carrozas de los embajadores de Francia, España, Venecia y demas Estados católicos; la nobleza romana á caballo; los cardenales y todos los empleados de palacio vestidos de encarnado; las salvas de artillería, el repique de las campanas, y la armonía de una infinidad de instrumentos músicos, todo contribuyó á que fuese esta ceremonia sumamente pomposa, tierna y magnífica. Luego que subió á su trono el Padre Santo, se presentaron los embajadores con las credenciales en la mano, se postraron á los pies de Su Santidad, y despues declararon en voz alta y perceptible, que habian ido allí desde el fondo del Oriente para confesarse súbditos del Vicario del Salvador de todos los hombres, y rendirle homenage en nombre de sus soberanos y de todos los fieles del Japon. El piadoso Pontífice, que se habia enternecido en extremo al ver aquellos orientales fervorosos, derramó un torrente de lágrimas luego que los oyó. Los levantó, los abrazó muchas veces con cariño, y los colmó de demostraciones de afecto, cuya memoria les duró toda su vida. Se leyó despues el contenido de las credenciales, en que los príncipes que las enviaban se quejaban amargamente de las ocupaciones del trono, las cuales no les permitian ir en persona á ponerse á los pies del Santísimo Padre de la cristiandad, y luego con todo el entusiasmo de la sensibilidad oriental bendecian mil veces las misericordias del Señor y la caridad de su Vicario en la tierra, por haberlos alumbrado con las luces que los habian sacado de las sombras de la muerte. Ningun cardenal pudo contener las lágrimas al oír esto; y el Papa mas enternecido que nadie, dijo muchas veces, volviendo á abrazar á los embajadores: «Ahora, Dios mio, despues de este dichoso dia, morirá en paz vuestro siervo.»

No tardó en verificarse esta especie de

presagio (1), pues al cabo de quince dias, en los cuales vió el Papa muchas veces privadamente á los embajadores, con quienes no se cansaba de hablar, convocó para el otro dia un nuevo consistorio, con ánimo de asistir á él; pero esperiméntó de repente una debilidad tan grande, que se vió precisado á dar contraorden. El dia siguiente, 10 de abril, pareció que estaba mucho mejor, y él fué el primero que procuró tranquilizar á sus sobrinos, los cuales, despues de haber dado algunos paseos con el Papa dentro de su cuarto, se retiraron sin ningun cuidado; pero al cabo de algunas horas se apoderó de él repentinamente una palidez mortal, y habiendo acudido los médicos, le declararon que no podia vivir dos horas. «Tráiganme mi crucifijo (respondió el piadoso Pontífice), y vayan á buscar el santo Viático.» Se persignó muchas veces, encomendó su alma á Dios, y estuvo haciendo oracion algunos momentos con mucho fervor, despues de lo

cual empeoró de tal modo, que solo se le pudo administrar la santa Uncion. Luego que la recibió exhaló el último aliento, á los ochenta y cuatro años de edad, y trece casi cumplidos de Pontificado. Gregorio XIII, piadoso é instruido, especialmente en la jurisprudencia, en cuya facultad nadie le hizo ventaja en su tiempo, prudente y moderado, frugal y severo en sus costumbres, generoso y benéfico, subió á la Silla Apostólica adornado de todas estas virtudes, las que adquirieron en ella un aumento considerable. Pareció haber ascendido á esta gran dignidad para marcar sus obras con el sello de la grandeza. La mayor parte de los dias de su Pontificado fueron dias ilustres, y es de presumir que le hubieran dado el renombre de Grande, si ya no le hubiese obtenido antes el Papa San Gregorio. El día 24 de abril se eligió por sucesor suyo al famoso Sisto V, príncipe todavía mayor y Papa no menos grande.

LIBRO SEXAGÉSIMO-NONO.

Desde el principio del Pontificado de Sisto V en el año de 1585, hasta la reconciliacion del rey Enrique IV con la Iglesia romana en el de 1595.

Sisto V, antes cardenal de Montalto, obispo de la pequeña ciudad de Santa Agueda, en el reino de Nápoles, general de la orden de San Francisco, donde fué para él una gran fortuna tomar el hábito; y hablando de mas lejos, Felix Peretti, pastorcillo en la aldea de Montalto, si-

tuada en la Marca de Ancona, saltó el enorme intervalo y todos los escalones que habia entre la cabaña de su padre y el trono del Vaticano, tanto por su gran talento, como por una elevacion y firmeza de alma, que pocas veces se halla aun en la mas alta gerarquía (1).

(1) *Cont. de Ciac. t. 4, p. 5 y sig. B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.*

(1) *Ciac. ad ann. 1585; De Thou, l. 42; Greg. Lit. t. 5.*

En sentir de muchos observadores el pastor de Montalto fué el soberano mas digno de reinar que hubo en su tiempo.

Quando los enemigos de la Religion no tienen otro medio de desacreditar á los ministros de esta para hacer recaiga sobre ella ese descrédito que ellos les atribuyen, no dejan de recurrir á las imputaciones de ambicion y de orgullo. Sisto V estaba demasiado elevado para que no tratasen de rebajarle. Quanto mas grande fué este Papa, mas se afaná por envilecerle el ódio de los incrédulos; y de ahí tantas anécdotas inventadas para rebajar el mérito de uno de los mayores genios que han asombrado al mundo (1).

Nos desdenamos de responder á las acusaciones de artificio y de ambicion que han tenido por objeto hacer atribuir á motivos humanos é interesados la conducta de este Pontífice, el cual si en aquellos tiempos difíciles deseó la formidable cura de almas aneja al título de soberano Pastor, y si aceptó el Pontificado, fué para mantener su brillo y su saludable influjo.

Tomó el nombre de Sisto en memoria del cuarto Papa de este nombre, quien habia sido tambien franciscano como él, y como él un hombre extraordinario sacado del polvo de la tierra.

Nunca se avergonzó Sisto V de la humildad de su origen, antes bien hablaba de ella con mucha frecuencia, complaciéndose en considerar y dar á entender á los demas los caprichos de la fortuna, ó por mejor decir, los designios y la conducta de la Providencia en orden á su persona. Colocado Sixto en la Silla pontificia, manifestó siempre una gravedad, una fuerza y una grandeza perfectamente conformes á la dignidad suprema de que estaba revestido. Se mostró constantemente enemigo del vicio y protector de la virtud, penetrante y justo, vigilante, severo en la observancia del buen orden, magnifico en todo lo concer-

niente al esplendor del Estado y á la gloria de la Religion, amante de las letras y de todas las artes, y muy aplicado al estudio, en el cual pasaba una parte de la noche, despues de haber empleado el dia en el despacho de los negocios. En fin, ya se le considere en la direccion de su casa, ya en el gobierno político y en las desavenencias que tuvo con varios principes, no puede menos de reconocerse que fué uno de aquellos hombres extraordinarios que honran á la humanidad.

Antes de coronarse, envió á llamar al gobernador y á los jueces de Roma para exhortarlos á que administrasen justicia con toda exactitud; pero lo hizo con una energía, que parecia más bien que exhortacion una amenaza de que los sacrificaría á la venganza de las leyes, si no las cumplian como era debido. Recibió con agrado las enhorabuenas de los caballeros romanos y de los ministros extranjeros, sin hacer gran caso ni dedicar mucho tiempo á estas ceremonias de simple aparato en los primeros dias de su Pontificado, cuyos preciosos momentos debia emplear de otro modo. Sin embargo, hizo una prudente distincion á favor de los embajadores del Japon, ya que su comision era tan honrosa á la fé romana y debia producir los mas felices resultados para su propagacion.

Los trató el Papa en todas partes como á los ministros de los primeros soberanos; mandó que para besarle los pies, pasasen antes que tres cardenales que pedian audiencia; los abrazó á todos con cordial afecto, y quiso que le asistiesen en la coronacion, llevando el pálio pequeño, dándole el agua para lavarse y poniéndole el estribo para la cabalgata (1). Los creó caballeros de la Espuela de Oro, les dió por su mano la espada y el tahali, hizo que fuesen nombrados patricios romanos por el pueblo y por el senado, les dijo misa privada-

(1) Greg. Let. t. 1, l. 3; Sacchin. part. 3, l. 1, p. 229 et seq.

mente, les dió la comunión, y los obsequió con un banquete espléndido. Marcharon por último llevando una respuesta sumamente honorífica á sus soberanos y una infinidad de regalos, sin contar el dinero que mandó darles el generoso Pontífice para los gastos del viage hasta Lisboa. En todas las principales ciudades de Italia por donde pasaron al salir del estado eclesiástico, y especialmente en Ferrara, en Venecia, en Milan y en Génova, se los trató como á competencia, con el mayor honor, afecto y liberalidad, y en todas partes dejaron á los principes y á los pueblos prendados de su modestia, de su gentileza, de la facilidad con que se acomodaban á unas situaciones tan nuevas para ellos, de su ingenio y capacidad, y en especial de su piedad, la que correspondió perfectamente á la opinion que se habia formado de la alta virtud de los cristianos del Japon. El rey de España, que quiso obsequiarlos segunda vez en el reino de Aragon, donde hizo con este objeto mucho mas de lo que habia hecho en Madrid, dió orden para que se les aprestase en Lisboa el mejor navio que hubiese en el puerto, les envió regalos magnificos, suplió todos los gastos del viage, añadiendo además una suma considerable de dinero, y escribió al virey de las Indias para que les suministrase con abundancia todo lo que necesitasen hasta desembarcar en el Japon, adonde llegaron despues de innumerables peligros y de ocho años de ausencia.

Poco despues de su exaltacion, trabajó eficazmente el nuevo Papa en restablecer las buenas costumbres y en desterrar los desórdenes introducidos desde muy antiguo por la suavidad mal entendida del gobierno eclesiástico (1). Dió principio publicando un edicto muy severo contra los bandidos, asesinos, ladrones y encubridores, y despues distribuyó en sus provincias cinco cardenales, hombres de prudencia y entereza, para que cuidasen

(1) De Thou, l. 82.

de su ejecucion. Fué tan bien obedecido, que en lugar de los latrocinios que se ejercian impunemente, aun en las ciudades mas principales, se desterró de ellas hasta la sombra de todo exceso en esta parte, y en pocos meses quedó perfectamente restablecida la seguridad pública. Si se toleraban en algunas ciudades las diversiones del Carnaval, era poniendo horcas para mostrar á los licenciosos el castigo que les aguardaba al primer desmán. Solo el acto de desenvainar la espada ó de hacer la menor resistencia á los ministros de la justicia era un delito capital é irremisible, sin que en esto hubiese distincion de personas. El conde de Pépoli, uno de los principales señores del pais de Bolonia, donde habia refugiado y protegido á los salteadores, fué degollado en la plaza pública de aquella capital, á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para libertarle.

En el primer año de su Pontificado espidió Sisto V una bula fulminante contra el rey de Navarra y el príncipe de Condé, gefes del calvinismo en Francia. Se habian empeñado fuertemente con Gregorio XIII los de la Liga para que aprobase su union; pero nada pudieron conseguir de aquel Pontífice. Luego que murió este, repitieron sus instancias con su sucesor, prometiéndose de ellas un éxito mas feliz. Ya habia dado á entender al virey de Sicilia, al recibir su homenaje, que no consentiria, como sus predecesores demasiado indulgentes, en cambiar el tributo de un reino por un caballo. Sin embargo, comprendiendo este Pontífice que en un reino católico, cual lo era entonces la Francia, reino en que no se podia ejercer el soberano poder sino en tanto que se profesase la Religion del Estado, los herederos eventuales del trono no conservaban su derecho de herencia sino en tanto que se mantenian en la Religion católica ó volvian á ella si la habian abandonado, creyó deber prestarse, no á las gestiones de la intriga que él frustró con sus negativas, sino al bien de la sociedad cristiana y al de la Francia en particular. Usó pues

(1) Hist. de la Papauté, 2 ed., t. 2, p. 235, 238.

contra los dos príncipes del derecho que habían ejercido sus predecesores (1).

Después de ensalzar en su bula la potestad pontificia sobre todas las del universo, á las cuales (dice) puede derribar de sus tronos y echarlas por tierra como á ministros de Satanás cuando faltan á su obligacion, considerando Sisto que se habían pronunciado penas especiales contra los relapsos, y que el rey de Navarra y el príncipe de Condé habían vuelto á recaer en la herejía después de su abjuracion en 1572, declara excomulgados á estos primeros príncipes de la familia Real de Francia, privados de todas sus posesiones, incapaces, así ellos como sus sucesores perpétuamente, de heredar ningun Estado ni soberanía, y en especial la corona de Francia; absuelve del juramento de fidelidad á todos sus súbditos y vasallos, y prohíbe severamente á estos que les presten obediencia.

Este acto solemne de la potestad pontificia fué recibido en el imperio francés con las reclamaciones de todas las clases del Estado y de todos los ciudadanos que no eran de la Liga; sin embargo, el monarca no permitió jamás que se procediese contra aquella bula, ni aun pidió al Papa que la revocase. Lo mas que se pudo conseguir del príncipe fué que no se publicase en forma legal; mas no por eso dejaron de prevalerse de ella los de la Liga para obligarle á quebrantar la paz con el rey de Navarra, como con un excomulgado y un enemigo declarado de la Iglesia. Buscando el monarca cuantos medios eran imaginables para diferir por lo menos el llegar á este extremo con un príncipe que poco antes le había ofrecido sus tropas y su brazo contra la Liga, le envió mediadores y teólogos para persuadirle que volviese á entrar en la comunión católica, ó que en caso de no determinarse á esto, suspendiese por algun tiempo el ejercicio del cal-

(1) *Diario de Enrique III*, t. 2, p. 78; *Mem. de la Liga*, t. 1, p. 343 y sig.

vinismo. No respondió otra cosa sino que estaba dispuesto, como lo había estado siempre, á permitir que se le instruyese, con tal que en esto se procediese de un modo conveniente, y no poniéndole un puñal al pecho, como se hizo en tiempos pasados. Había llegado sin embargo el momento de exigirle una conversion inmediata.

Mas terrible aun contra la corte de Roma, publicó en su nombre y en el del príncipe de Condé una protesta vehementísima contra el decreto del Papa é hizo que se fijase hasta en las puertas del Vaticano (1). En ella apelaba de la sentencia pontificia al tribunal de los pares de Francia, únicos jueces competentes con respecto á las leyes temporales y fundamentales del reino; y acerca de este abuso ó usurpacion de autoridad, citaba al Pontífice á un concilio general legítimamente congregado, añadiendo que si el Papa no se sujetaba á él, le miraria no solo como herege, sino tambien como un opresor de la Iglesia cristiana y como un verdadero Anticristo. Considerándole ya bajo este concepto, le declara una guerra irreconciliable, y promete vengar la injuria hecha á su persona y á toda la casa de Francia, reclamando á este efecto el auxilio de todos los reyes, príncipes, repúblicas y comunidades verdaderamente cristianas, no menos interesadas que él mismo en castigar un atentado que, decia, turbaba el sosiego de toda la cristiandad. Este manifiesto causó en Roma la mayor sorpresa, y Sisto V, sin revocar su bula, no pudo menos de decir al embajador de Francia que seria de desear que el rey su amo tuviese tanto valor contra sus verdaderos enemigos, como el que mostraba el rey de Navarra contra el enemigo no de su persona, sino únicamente de sus errores.

Nunca había necesitado el rey de Navarra de mas vigor y actividad que en la situacion

(1) *Mem. de la Liga*, p. 388; De Thou, l. 82.

en que se hallaba la casa Real, desde que la muerte reciente del hermano de Enrique III constituia al gefe de la casa de Borbon heredero presuntivo de la corona. Esta última rama de los Valois, duque de Alençon primeramente, luego de Anjou, y siempre hombre frívolo ó mas bien muchacho enredador y travieso, después de muchas travesturas y enredos inútiles para adquirir crédito en el reino, había pasado á la soberanía ilusoria de los Países-Bajos, donde muy en breve esperó que se hacia de él mucho menos caso que en Francia. Se le hicieron allí tantos desaires, y le causaron estos una pesadumbre tan grande, que vino á morir en la flor de su edad. Por otra parte, en diez años de matrimonio no había tenido el rey ningun hijo; y aunque estaba todavía en la flor de su edad, del mismo modo que la reina su esposa, ningun miramiento se guardaba con un príncipe de quien se mofaban todos impunemente. Se dió por cierto que nunca tendria posteridad; se publicaron escritos en que se le atribuía una impotencia absoluta, y se puso en alarma á toda la nacion sobre la sucesion á la corona, como si esta se hallase á punto de quedar vacante.

No se dudaba que pertenecia al rey de Navarra, como heredero en línea recta; pero le escluyeron de ella los de la Liga por herege, y propusieron á su tío, el viejo cardenal de Borbon. Para conciliarse al mismo tiempo la benevolencia de la reina madre, la persuadió el duque de Guisa, que si se alejaba del trono al gefe de los Borbones, era solo con el objeto de colocar en él á sus nietos, hijos del duque de Lorena y de Claudia de Francia, su hija. Lisongeaba á la nobleza con la esperanza de hacerla participante de las gracias que prodigaba el rey escluyentemente á sus favoritos, y prometia al clero la estirpacion de todos los errores, y al pueblo la supresion de los impuestos. Con estas promesas había adquirido una infinidad de partidarios,

bien que todavía no queria tomar las armas contra su soberano. A medida que se iba acercando el momento decisivo, se llenaba de horror, y si confiaba su suerte al favor popular, era con un presentimiento que le estremecía. Pero se asegura que el rey de España, informado de que los flamencos ofrecian someterse á la Francia, obligó al duque á dar el golpe, amenazándole con que de lo contrario se enviarian á Enrique III sus tratados originales con España.

Cojióse pues el fantasma que se queria poner al frente de la Liga, es decir, al cardenal de Borbon y se le llevó á Picardia, como al asilo mas seguro de la asociacion. Guisa y sus hermanos reunieron al rededor de sí la nobleza de Champaña y Borgña: al mismo tiempo se acercaban á las fronteras las tropas alemanas y suizas pagadas por España; Lyon abria las puertas á los refuerzos que enviaba Saboya á los de la Liga; Toul y Verdun á los de Lorena; muchas ciudades, unas de grado y otras por fuerza, se sublevaban á favor de la union: en lo interior del reino se apoderaron los coligados de Orleans, Bourges y Angers; y en fin, la Liga se hizo tan fuerte en París que fué esta ciudad su principal centro hasta que llegó á ser su sepulcro. Las asambleas clandestinas en que hacia mucho tiempo se censuraba la conducta del rey y de sus ministros, habían degenerado en aquella faccion á que poco después se dió el nombre de *los diez y seis*. Desde entonces empezó á acopiar dinero y armas y envió emisarios á las ciudades mas considerables con las cuales estableció una correspondencia seguida. Por último, se publicó en nombre solo del cardenal de Borbon un manifiesto (1), en el que se ponderaba particularmente el peligro á que se esponia la fé, si llegaba á subir al trono la rama herética de los Borbones (1585).

Enrique III, después de muchas protes-

(1) *Memorias de la Liga*, t. 4, p. 56.

tas, apologías, quejas y todos los testimonios posibles de flaqueza y de irresolución, tomó por último el partido de tratar con los de la Liga, encargando esta negociación á la reina su madre, la cual, además de lo mucho que quería al hijo del duque de Lorena, tenía gusto en ver que el duque de Guisa daba que sentir al rey de Navarra, á quien ella miraba con aversión. Catalina terminó ó adormeció la desavenencia por medio del tratado de Nemours, que obligaba al rey á prohibir, pena de la vida, en toda la estension de su reino, el ejercicio de toda religión que no fuese la romana; á desterrar en el término de un mes á los ministros de la reforma, y en el de seis á todos los demas calvinistas que no hubiesen abjurado; á declararlos inhábiles para obtener ningún empleo público; á anular sus cámaras mistas; á quitarles, aunque fuese á mano armada, las plazas que se les habian cedido anteriormente, y á dar doce de ellas á la Liga en las provincias de Picardia, Champaña, Borgoña, Bretaña, y en el territorio de Lorena, pagadas las guarniciones por el rey. Las crueles agitaciones de espíritu que trastornaron todos los sentidos del rey de Navarra cuando recibió la noticia de ese tratado, le pusieron blanca en algunos momentos la mitad de la barba.

Recobrado muy luego de esta sorpresa, atendió lo mejor que pudo á su propia defensa. El duque de Montmorenci, gobernador del Languedoc, muy buen católico y excelente ciudadano, estaba dudoso entre el partido de los religionarios y el de los de la Liga, sin conocer todavía cuál era el mas ventajoso para el Estado; pero habiéndole ganado Borbon, hizo con él una alianza ofensiva y defensiva. Sacó de Alemania muchos destacamentos, que al principio no eran muy considerables, pero que llegaron á ser formidables y numerosos, luego que el entusiasmo excitado por los ministros animó á aquella nacion. En fin, lejos de que desmayase el navarro, como se

habia esperado, fué el primero que se presentó en campaña, arrastrando á manera de un torbellino cuanto encontraba por delante. En menos de dos meses sojuzgó la Guiena, el Delfinado, Santonge y Poitou. Por otra parte penetró Condé hasta Anjou, aunque con menor fortuna, por haber tenido menos prudencia. Enrique III, siempre pobre mientras que sus favoritos nadaban en la opulencia, logró por último equipar bien ó mal sus tropas; pero las puso bajo la direccion de aquellos mismos favoritos despreciables, y esto hizo llegase á su colmo la indignacion general. De este modo empezó la nona guerra, causada ó ocasionada por el calvinismo (1586). La llamaron la guerra de los tres Enriques, á saber, Enrique III, con los realistas, Enrique de Guisa, mandando á los de la Liga, y Enrique de Navarra, jefe de los calvinistas.

En este año de tumulto y confusion se celebró en Aix, Provenza, un concilio á que asistieron con el metropolitano los obispos de Apt, de Gap, de Riez, de Sisteron, y el vicario general de Frejus (1). En primer lugar se prescribió en él una fórmula de fé, y despues se dieron decretos muy útiles para la restauracion de la disciplina y de las costumbres, teniendo siempre por modelo las reglas de Trento. El concilio celebrado en el mismo año 1585 en otro hemisferio, en Méjico, capital de Nueva-España, dió por el mismo estilo sus disposiciones para el gobierno uniforme de las muchas iglesias que empezaban á florecer en medio de aquellas regiones bárbaras (2). Además del arzobispo Pedro de Moya, concurrieron á él seis obispos muy versados en las ciencias eclesiásticas, y especialmente en el derecho canónico, como lo manifiestan sus decretos. Estos dos concilios fueron igualmente aprobados por el pastor encargado de confirmar la fé de sus hermanos.

(1) Conc. t. 15, p. 111, et seq. an. 1585.

(2) Ibid. t. 15, p. 116, et seq.

Sisto V, cuyo singular talento alejaba de Italia los movimientos que agitaban al resto de Europa, se entregaba en este glorioso descanso á la pasion de los hombres dignos de la inmortalidad, erigiendo por todas partes unos monumentos que en efecto han eternizado su nombre (1). El soberbio obelisco, consagrado en otro tiempo al sol por el rey de Egipto, y transportado despues á Roma donde le colocó Neron como el principal ornamento de su circo, estaba cubierto de tierra y escombros detras de la sacristia de la iglesia de San Pedro. Julio II y luego Paulo III habian pensado en volver á levantarle; pero desmayaron al ver la dificultad de la empresa y los gastos que eran necesarios para realizarla. No se detuvo Sisto por estas consideraciones; y como los principes de elevados pensamientos encuentran casi siempre artistas á propósito para la ejecucion de sus designios, se presentó Domingo Fontana, célebre arquitecto de Como, y propuso unos arbitrios cuya sencillez fué el principal objeto de la admiracion pública. Aquella mole enorme de ciento siete pies de altura, pesaba novecientas cincuenta y seis mil ciento cuarenta y ocho libras. Se emplearon ochocientos hombres y ciento cuarenta caballos para mover las máquinas destinadas á colocarla donde se habia pensado. Empezaron los trabajos para ello en el último dia de abril de 1586, y el 10 de setiembre del mismo año estaba ya puesto el obelisco en su pedestal. El viernes siguiente le bendijo el Padre Santo con una solemnidad proporcionada á la magnitud de la empresa, y dedicó aquellos despojos del paganismo al que con su cruz echó por tierra su imperio. Despues de esta grande obra hizo Sisto que se desenterrasen otros tres obeliscos; y el primero de ellos, que habia servido de adorno al mausoleo de Augusto, fué erigido delante de la iglesia de Santa Maria la Mayor; el segundo, en la plaza de San Juan de Le-

trán; y el último, en la de Santa Maria del Pópulo.

Este Pontifice, naturalmente inclinado á la economia, pero mucho mas á la gloria y á la celebridad, hizo tambien en la iglesia de Santa Maria la Mayor una magnífica capilla en honor del pesebre del Verbo humanado, y despues estableció en ella un pavorde y capellanes titulares, con pingües rentas y muchos privilegios. Fundó un obispado y edificó una iglesia magnífica en Loreto, cuya colegiata fué erigida en catedral con la dignidad y rentas convenientes. En la aldea de Montalto, cuyo nombre habia tomado antes de ser Papa, hizo que se trabajase con tanto ardor en la construccion de una nueva ciudad, lo mas cerca que pudo ser de la humilde gruta en que habia nacido, que ocupaba en ello diariamente mas de quinientos hombres, sin contar los vecinos del pueblo. Edificada la ciudad erigió en ella un obispado, y le dotó con los bienes de una abadía y con otras posesiones, tanto para el cabildo como para el obispo. Tambien erigió en obispados las ciudades de Tolentino y de San Severino, en la Marca de Ancona. Concluyó la nave de la basilica de San Pedro y la biblioteca del Vaticano: edificó en el mismo lugar aquel inmenso y soberbio palacio, donde pueden habitar todos los cardenales con el Pontifice: estableció en Roma un hospital para los mendigos, y una comunidad para viudas ejemplares y para doncellas pobres á fin de que allí se educasen en la piedad y en la práctica de las buenas obras; y estendiéndose su vigilancia y prevision á lo futuro, reservó en el castillo de Sant'Angelo, despues de tantos gastos, un millon de escudos de oro, á los que no se habia de tocar sino en ciertos casos extraordinarios, que especificó en una bula espresa, firmada por treinta y cuatro cardenales, con juramento de observarla puntualmente.

Sin embargo, no estaba tan engolfado Sisto V en estas obras exteriores, que dejase de atender á las demas obligaciones esenciales de

(1) Ciac. vit. Sixt. V, t. 4, p. 116 et seq.